



El poeta y la ciudad

Sin embargo mi padre en sueños me ha contado
que es una hermosa trampa de colores
con urnas pintadas a pistola
y que debo quedarme en casa toda la semana.
Óscar Hernández, “Invitación”

LUCÍA
DONADÍO
ALFONSO
BUITRAGO
LONDOÑO

Óscar Hernández, poeta sin ciudad y sin horario, a cinco días de cumplir ochenta y siete años, espera sentado en un sofá en la sala de su casa. De una de las paredes, a su derecha, cuelgan de un clip tiras de recortes amarillentos de las columnas de opinión semanal que ha publicado durante cuarenta años en el periódico *El Colombiano*. “Papel sobrante” se llama la columna y sus recortes lucen como un tendedero de ropa vieja.

El poeta espera como si en realidad le sobrara algo: el barrio, la casa, las horas; cansado de esa ciudad con la que llenó sus columnas por tantos años: de su alarde, de su caos, de su política.

“A mí las ciudades no me gustan —dice desde su sofá—. Mientras más grandes y más hermosas, peores. Son un alarde, una enfermedad”.

Llegamos a la puerta del garaje media hora después de haberlo llamado. Nos recibe con alegría de niño. Uno de nosotros —Lucía, editora de *Sílaba*— lo conoce desde hace años. Le gusta visitarlo porque lo siente muy solo.

Esa casa del barrio Belén Los Alpes, que había comprado con el sudor de múltiples oficios y había modificado a medida que crecía su familia —cuatro hijas y un varón—, la partió y les entregó su parte en vida. Alargó el muro del garaje, atravesó la sala y lo llevó hasta el patio. En su lado se quedó viviendo solo en un garaje alargado de unos cuarenta metros cuadrados.

Al principio dejó una comunicación entre ambos espacios en la parte trasera, pero con la llegada hace siete años de una sobrina venida del sur del país, a quien él acogió, decidió separar por completo su vida. La explicación que él da es quizás más poética. A lo largo de los años tuvo veintiocho automóviles, que recibía como pago de deudas y que cambiaba con facilidad, pero un día se cansó de ellos.

—En la ciudad no hay por dónde moverse y como me quedé sin carro me metí al garaje.

El poeta Juan Manuel Roca (1946), quien preparó una antología de poemas del libro *Las contadas palabras*, publicada en 2010 por la Universidad Externado de Colombia, dice que “las nuevas generaciones, como suele ocurrir con poetas escondidos por la niebla de una falta de crítica o por la neblina pasajera de la moda, vuelven ahora sobre los poemas de Hernández y encuentran en él a un hermano mayor, despojado y humano”.

No hay un poeta en ejercicio más viejo en Colombia; Álvaro Mutis tiene ochenta y nueve años y Rogelio Echavarría ochenta y seis, pero hace años que no publican. A ese redescubrimiento del hermano mayor de la poesía antioqueña se suman el libro *Un hombre entre dos siglos*, antología de poesía y prosa, publicado por Sílabas Editores y la Alcaldía de Medellín en la colección Letras Vivas (2011), y *Experto en muros blancos*, publicado por la misma editorial y el Ministerio de Cultura (2012).

La vida de Óscar atraviesa dos siglos de letras en Medellín. Es paradójico: Óscar es quizás el poeta más aislado con la vida pública más intensa de su generación. A los doce años fue jefe de la “Comisión de Hormiga Arriera”, en la zona cafetera del Quindío: tenía dos trabajadores a su cargo. Con un hornillo y cianuro aplicaban veneno en las bocas de los hormigueros usando un ventilador. Tuvo un taller de mecánica, un restaurante, un café, un bar. Fue secretario de León de Greiff y cofundador del diario *El Sol*, donde escribían Manuel Mejía Vallejo (1923-1998), Fernando González (1895-1965) y otros escritores de la época. Trabajó en *El Correo* como cronista, columnista, traductor y jefe de redacción. En *El Colombiano* también tuvo varios cargos y lleva más de cincuenta años vinculado a esa casa editorial.

Este año la Universidad Autónoma de Nuevo León, en México, les encargó a los poetas Santiago Mutis y Samuel Vásquez

una selección de poetas colombianos para una antología de “los veinte del veinte”. Óscar está al lado de los grandes nombres de la poesía colombiana del siglo xx: Fernando Charry Lara (1920-2004), Héctor Rojas Herazo (1921-2002) y Álvaro Mutis.

“Óscar es un poeta necesario —dice Luis Arturo Restrepo (1983), poeta y profesor de poesía colombiana—. Su obra ha mostrado coherencia. Era muy común que los poetas mayores empezaran escribiendo sonetos, pero Óscar desde el principio tuvo una obra contemporánea. Logra ir a temas cotidianos y tratarlos con una delicadeza que a otros poetas les da miedo. No se siente artificio, su poesía es pensada, sentida, genuina, muy vital; él es así. Esa reflexión sobre los zapatos viejos, esos poemas: “Cementerio de payasos”, “Invitación”, que están en *Experto en muros blancos...*”.

Luis Arturo toma un manuscrito que ha sacado de su maletín y lee: Cuando muera el último clown / Si es que el amor permite su viaje final / Será un luto universal en colores / Llanto de niños con la nariz encarnada / Con sus trajes de retazos hechos del arco iris / Pero se dice que el último payaso / Ya no está entre nosotros.

El poeta no conocía a su sobrina. Ella no sabía nada de Medellín ni de su tío. Óscar hacía años que no hablaba con su hermana —“¿de qué íbamos a hablar?”—. Él tenía ochenta años y de ella, de la muchacha, solo sabía su nombre bíblico, Sandra Sansón, y que venía a estudiar una especialización en psicología. El primer día de clase la acompañó a la universidad. Tomaron un bus con un recorrido enrevesado. Sandra, curiosa, preguntaba. Con cada pregunta recibía una sorpresa, como si el recorrido estuviera hecho de giros inesperados: fui boxeador; otra pregunta: fui pescador y futbolista; otra pregunta: fundé el partido socialista de Colombia y compuse canciones.

La curiosidad de la Sansón daba para más, como si en las preguntas estuviera su fuerza. Le gustaba el cine y preguntó por *Rodrigo D.* Entonces Óscar bajó el telón de



un recorrido de película: Yo era el papá de Rodrigo y estuve también en *Sumas y restas*, en total he actuado en nueve películas.

—¿Actor de cine?

—Es más fácil actuar que escribir un poema —le dijo.

La sobrina supo que se quedaría con ese tío. Vivió con él tres años, en un minúsculo cuarto hecho al fondo del garaje. Lo veía cada día, al final de la tarde, cuando ponía en su equipo de sonido una grabación del rosario y rezaba caminando desde el cuarto hasta la puerta del garaje. Óscar no solo se asume como un hombre de izquierda, sino como un ser profundamente religioso. “La revolución rusa no hubiera perdido nada si no tocaban la religión. Habría ganado en moral. El hombre es un ser religioso por naturaleza”, dice.

El último martes de cada mes, cuando escribía las cuatro columnas de “Papel sobrante” que publicaría al mes siguiente —todas en una misma noche—, Sandra lo tranquilizaba cuando no encontraba las palabras; a veces lo acompañaba a la redacción del periódico para entregarlas impresas, porque no confiaba en el correo electrónico.

Hace cuatro años no vive con él, pero Óscar sigue llevando la misma rutina y Sandra sigue siendo su fiel escudera. Lo visita semanalmente, lo acompaña a los eventos literarios en los que participa y coordina

su último proyecto: “La casa del escritor”, cuya sede es tan acogedora y esquiva como un garaje: una página de Facebook.

Salimos a la calle y nos sentamos en una tienda. El poeta pide una copa de helado.

—*Light*, por favor —dice.

Come sin parar y saboreándose. Acaba y pide una más.

—*Light... light* —dice como si quisiera estar dos veces vivo. Como si adelantara su cumpleaños para celebrarlo con nosotros. Lo invitamos a salir el sábado para escuchar tangos y celebrarlo, pero nos dice que en casa tiene más de ochocientos tangos. Con eso le basta. Ama a Gardel desde los nueve años.

Medellín ha sido tierra de poetas y de cacharreros —como dice Óscar Hernández— y se enorgullece de tener el festival internacional de poesía “más grande del mundo”. Muchos se enloquecen por la poesía durante esos diez días pasajeros. Nos apeñuscamos en auditorios y parques, nos peleamos por un puesto, aplaudimos con más fuerza al poeta que habla en otra lengua, lejana y desconocida, que a nuestros propios poetas. Óscar dice que es el circo de la poesía, y el poeta Jaime Jaramillo Escobar (1932) dice que aquí vuelan los poetas, pero no vuela la poesía.

Los poemas de Hernández brotan en las paredes de su garaje, de espaldas a la urbe que crece al otro lado.

Durante el resto del año los recitales de poesía son huérfanos. No hay multitudes para esconder el desconocimiento de la poesía que muchos llevan por dentro. A los recitales o presentaciones de libros de poesía vamos cinco o diez personas, entre los que no falta el “loquito” que no sabe en qué verso de la vida está parado. Algunos nos asomamos por la ventana para ver qué pasa adentro, entre esos muros blancos, con curiosidad y miedo; como el gamín que en una ocasión le preguntó al poeta con ojos muy abiertos y un balbuceo continuo:

—¿Usted fue el que escribió ese libro?

—Sí —contestó el poeta.

—Ah, yo no sabía que los que escriben libros estaban vivos.

“¿Qué sería de Medellín si toda la gente que asiste al Festival de Poesía leyerá poesía? ¿Qué sería del Festival de Poesía si toda la gente que asiste leyerá poesía? El festival está carente de poesía, es un show”, dice Luis Arturo, quien participó en él el año pasado.

En los cientos de talleres literarios que atraviesan la ciudad se lee y se escribe poesía. La de los autores consagrados de aquí y de otras partes, y la de los jóvenes y viejos que muestran esa otra latitud de la vida en versos, anécdotas, crónicas y cuentos donde siempre hay *poesía*.

Uno de nosotros —Lucía— ha sido jurado de varios concursos, convocatorias y becas locales: casi todos los que se creen poetas escriben un mar tormentoso de palabras vacías o un río contaminado de besos y abrazos que ahogan el amor. Unos pocos abren la puerta de la poesía y traspasan las fronteras de lo cursi; y en silencio van construyendo una obra sin apegos por la ciudad ni por el mundo.

En estos tiempos, pocos poetas escriben sobre la ciudad. Los poemas caminan

por otras avenidas, quizás dormidas, como en los poemas de Óscar Hernández: Duerme la ciudad, pero no duerme la ciudad / Solamente abre los ojos / para atrapar en sus pestañas / los primeros asesinados / aquellos que de un solo golpe / perdieron sus historias sus zapatos / su beso final sellado con la amada saliva / de quien compartió sus lechos / su torta de maíz, sus cuatro hijos / y todo aquello que seguirá viviendo / en un olvido al que llaman recuerdo...

—La ciudad no ocupa un plano fundamental, la ciudad ni siquiera es amada —dice Óscar—. Es el escenario y la denuncia de los muertos. Uno puede ignorar la ciudad en su poesía. No es ninguna condición ni una ordenanza. La poesía está en cualquier parte, donde menos la imagine. Recuerden lo que decía Borges: “esto no lo escribo yo, esto lo escribe el Espíritu Santo”.

—Entonces, ¿qué salvaría de la ciudad?

—Ese pequeño rincón donde está uno con su mujer... pero puede estar en cualquier parte del mundo, sin ciudad. Tanto el amor como la poesía podrían existir más calmadamente sin la ciudad. Y esa es mi idea sobre la ciudad. No le tengo ningún amor ni afecto especial. Nací en Medellín, pero no tuve la culpa. Son un alarde de riqueza y de pobreza.

Los poemas de Hernández brotan en las paredes de su garaje, de espaldas a la urbe que crece al otro lado. Una ciudad que no para de poblarse de muros y de gente. Entre sus muros ha construido una teoría para solitarios. Dice que el encierro hace que la gente conviva mejor. No puede concebirlo de otra manera. Puede ser una muestra de optimismo o una manifestación de su convicción cristiana.

—Si uno está en una habitación donde difícilmente entra el sol, con tres, cuatro o cinco personas, durante mucho tiempo, terminamos por identificarnos, por amarnos...

—O por matarnos.

—Muy difícil, se lo digo por mi experiencia, fui soldado, interno de un colegio y estuve en la cárcel durante quince días por

razones políticas, y nunca sentí malas inclinaciones por los demás ni de ellos hacia mí.

A dos días de su cumpleaños visitamos al poeta. Estaba esperando. Llevamos torta dietética, vino, empanadas argentinas y helado. Las empanadas debían ser de Versalles, las más famosas de la ciudad, pero no las pudimos comprar allí; el helado debía ser *light-light*, pero no había en la tienda donde fuimos; acordamos no hablar de las empanadas, y si preguntaba decirle que el helado era “medio *light*”.

Entramos al fondo del garaje, al patio, que está cubierto por un techo de madera y en el interior tiene una mesa plástica blanca con una sombrilla de colores, como de playa. Los muros son grises, sin revoque. En uno de ellos crece una enredadera silvestre. En una esquina hay una mata “siempre viva”, dice Óscar que la sembró su hijo Óscar Luis, muerto hace cinco años. Murió a los cincuenta y uno, un 14 de febrero, la misma fecha que escogió su padre para fundar “La casa del escritor”, un lugar sin lugar para tener a donde ir.

De sus nietos tiene cuadros colgados en los muros del garaje. De Tatiana, la mayor, un autorretrato y un retrato de su abuelo; de Ricardo, una silla pintada con acuarelas cuando tenía siete años.

Los cuadros no sobresalen ni pasan inadvertidos; conviven con los recortes de “Papel sobrante”; con las copias de las ilustraciones que hizo el pintor Fernando Botero, cuando era un joven desconocido, para el primer libro del poeta; con las cartas que le enviaba el filósofo Fernando González al leer sus manuscritos, con las quejas de Jorge Amado —sorprendido con *Versos para una viajera*, escrito de un tirón la noche antes de la partida de una enamorada—, quien no entendía por qué esos poemas viajeros no cruzaban las fronteras colombianas.

Es un decorado vital, sin vanidad, que le hace compañía.

Servimos el vino. Óscar se resiste, pero al final acepta una copa que mezcla con

agua. Ponemos la torta y las empanadas sobre la mesa.

—¿La torta es *light*? —dice Óscar.

—Claro, es torta dietética —dice Lucía.

Empezamos la celebración anticipada del cumpleaños del poeta comiendo las empanadas. La carne amenaza con delatarnos, parece atún de lata.

—¿Son de Versalles? —dice Óscar.

—No pudimos ir hasta allá —dice Alfonso, asumiendo la culpa.

—Mmmmm.

Partimos la torta *light* y servimos el helado “medio *light*”. Alzamos las copas y brindamos por la salud del poeta.

—¿El helado es *light*? —dice Óscar.

—Es “medio-*light*” —dice Lucía.

—¡Entonces ustedes me creen “medio bobo”!

Una carcajada juvenil retumba en el patio, en esa mesa plástica blanca, cubierta por una sombrilla de colores. La noche es cálida y nosotros parecemos confinados en una playa inverosímil. En los muros grises lucen frescas las enredaderas.

—Eso soy —dice—. Me gradué en estos muros. ■

Lucía Donadio (Colombia)

Antropóloga de la Universidad de Los Andes y diplomada en Literatura del siglo XX en la Universidad Eafit. Codirectora de la revista *Odradek, el cuento*. Dirige dos talleres literarios en Medellín. Ha publicado *Sol de Estremadelio, Alfabeto de infancia y Cambio de puesto*.

Alfonso Buitrago Londoño (Colombia)

Estudió Comunicación social y Literatura comparada en la Universidad de Antioquia. Ha publicado en *La Hoja* de Medellín, *El Malpensante* y *Sobo*. Ganó el Premio Nacional de Periodismo Simón Bolívar y una Beca de Creación en Periodismo Narrativo de la Alcaldía de Medellín. En 2012 publicó *El hombre que no quería ser padre*.

Este texto hace parte de *Medellín a cuatro manos*, publicación que recoge las nueve crónicas desarrolladas durante cinco días en el *Taller anfibio de periodismo cultural* de la Dirección de Comunicaciones del Ministerio de Cultura de Colombia, en alianza con la Fundación Gabriel García Márquez para el Nuevo Periodismo Iberoamericano - FNPI, con el apoyo de la Revista *Anfibio* y la Universidad de San Martín (Argentina). El taller fue dirigido por Patricia Nieto y Cristian Alarcón.